

## El abono de reserva

Daniel Mundo

La inseguridad es uno de los fantasmas de las sociedades modernas. Le tememos. Entre los varios imaginarios que posibilitaron la dictadura del '76 estaba sin duda la cuestión de la inseguridad, el miedo a la acción insurgente, el presunto caos político, la ingobernabilidad de una sociedad que se había modernizado y soñaba con cambiar de paradigma político así como habían cambiado las costumbres y la cultura.

Terminaba quinto año del secundario cuando la dictadura abandonó el poder. En ese momento para mí la dictadura no significaba mucho, más importante era la impronta democrática que despuntaba. Más tarde, cuando investigué sobre el período, caí en la cuenta que la dictadura no fue un camino desviado o una aberración de la historia argentina. Quizás lo que ocurrió durante esos años era inimaginable antes de que ocurriera —e incluso era impensable *mientras* ocurría—, y quizás no sabíamos lo que pedíamos cuando apelábamos al orden. Cualquier medio es bueno, además, cuando el fin lo justifica. En aquel remoto momento los militares encarnaban el orden y la seguridad que la sociedad reclamaba, orden y seguridad, dicho sea al pasar, que los políticos profesionales, los sindicatos instituidos, los medios de comunicación, la Iglesia, los grupos “revolucionarios”, no podían garantizar o simplemente despreciaban. La sociedad atemorizada, atomizada, desorientada, recibiría aliviada, con beneplácito o de modo indiferente a los Señores del Orden. Lo que la dictadura abortó fue un tipo de vida política y social que pujaba por nacer.

A treinta y tres años de aquello todo ha cambiado. La democracia nos apasionó más de una vez, y nos defraudó otras tantas. Lloramos de alegría, de impotencia, de bronca, de esperanza. Caminamos calles y calles abrazados, cantando, y alguna vez corrimos con miedo. Aprendimos a leer con pasión la acción política, y aprendimos también a sobrellevar la frustración. Y descubrimos que la “inseguridad” es una cuestión que siempre reaparece y sobre la que todos opinan porque encierra parte del secreto de la política moderna.

Del clásico *Vigilar y Castigar* de M. Foucault podría colegirse que la seguridad, como la peligrosidad, son eufemismos para obviar el cambio en el sistema de vigilancia y control que se comenzaba a practicar sobre la población. La seguridad es una categoría abstracta. Por supuesto que hay políticas efectivas

para incrementar la sensación de seguridad, o para atemperar el sentimiento de inseguridad. Estas acciones apuntarían al largo plazo, es decir, habría que desconfiar de la acción instrumental que cree que transformando una variable (digamos: dándole más poder a la policía, por ejemplo) se conquistará el objetivo. La marginación, la miseria, la construcción mediática de la vulnerabilidad y el descontrol, más las dificultades para encauzar democráticamente la justicia, no son cuestiones que se resuelvan de un día para otro. De aquí que la inseguridad no sea tan sólo un invento de la industria mediática sino uno de los grandes núcleos de la política moderna. ¿El sueño? Erradicarla.

Pero erradicarla es imposible, entre otros motivos porque su aparición sirve como termómetro de los miedos que afectan el vínculo social primario, cuando no fagocita un tipo específico de comportamiento. Si bien podría decirse que hay un grado objetivo para evaluar la inseguridad, mucho de la sensación de seguridad depende de una valoración subjetiva. Los miedos, así como el dolor, no son cuantificables. Habría que aprender a vivir en un mundo inseguro. Esta especie de consuelo general no basta, obviamente.

¿Puede disminuirse la sensación de inseguridad? Sin duda. Habría que pensar, en principio, que su antónimo no es la seguridad; lo contrario de la inseguridad es la confianza: salir en fianza o aval de otro. Casi exactamente lo contrario de lo que fagocita el coro de voces famosas que en estos días repite frente a cualquier micrófono “no estoy a favor de la pena de muerte pero a alguna gente habría que pegarle un tiro en la cabeza” (L. A. Spinetta *dixit*), para citar al políticamente más “correcto” de los personajes de la farándula. Para cierta clase social el otro es alguien muy parecido a ella misma. El otro real, el otro diferente, casi ya no es un ser humano: es un peligro.

Alguna gente no pertenece a mi mundo, pero cuando lo invade y lo amenaza, habría que eliminarla. Uno de los extremos de la eliminación (e-eliminar, sacar fuera del umbral o límite) fue la política de desaparición de personas, que trastocó y sigue trastocando el orden político instituido. Lo que se oye cuando nos despabilamos de lo que la salmodia repetitiva de los famosos afirma es que “necesitamos” una mano que haga el trabajo sucio que la ley, por supuesto, no puede cumplir. Ya que la ley no es transformable por intereses privados, que alguien —un mentecato o un Sr. Increíble— elimine lo que la ley resguarda. Es el mismo humus en el que creció la política de la dictadura, y que hoy un sector significativo de la sociedad vuelve a abonar.

